



LOS CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE LOS AUTORES ÁRABES

CON RELACIÓN AL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

III



De todo lo dicho se colige fácilmente que los estudios y conocimientos de los autores arábigos poco ó nada hubieron de coadyuvar al descubrimiento del Nuevo Mundo. Mas ¿qué extraño es que los árabes y mahometanos no lograsen adquirir ninguna noticia fundada y razonable acerca de las regiones situadas allende el temido Mar tenebroso, cuando al cabo de tantos siglos de dominar en África desde el Egipto hasta Marruecos, no llegaron á reconocer con bastante distinción sus costas occidentales ¹, ni las islas que cerca de ellas circuye el Atlántico? ² Con estar las Islas Canarias tan próximas á las costas berberiscas, que según refiere un autor árabe ³, en los días claros y serenos se descubren desde la ciudad de Salé, los escritores de aquella nación no acertaron á formar de ellas una idea exacta y cabal. Porque como ya hemos visto, el Becrí que en el siglo xi les dió el nombre latino de *Fortunatas*, se limitó con extractar á propósito de ellas un pasaje de San Isidoro. El Idrisí, que les dió el nombre arábigo de *Aljalidat* ó Eternas, mostró conocerlas mucho peor que

¹ Como dice el Idrisí (págs. 74 y 84) antes de su época el puerto de Safí (situado á 150 kilómetros O. N.-O. de Marruecos) era la última estación de las naves musulmanas; pero en su tiempo habian avanzado en dirección de aquellas costas más de cuatro jornadas marítimas (unas 400 millas), llegando por consiguiente hasta las costas del Sahara. Mas parece cierto que (á diferencia de los navegantes portugueses que en los siglos xiv y xv de escala en escala llegaron hasta el cabo de las Tormentas) nunca pasaron del cabo Blanco, situado en dichas costas, y que según el atrevido navegante Ibn Fáthima, que lo oyó decir á los habitantes del país vecino, era una gran masa de serpientes. (Abulfedá, l. 215 y 216).

² Acerca de estas islas véase á Mr. Reinaud en su introducción, págs. CCXXXIV y CCXXXV y en su versión de Abulfedá, págs. 263 y siguientes con las notas relativas.

³ Citado por Almaccari, tomo I, pág. 104 de la edición de Leiden. Y sin embargo, las islas más próximas á Salé son las de Madera.

Plinio ¹; pero en cambio las adornó con ciertos recuerdos fabulosos de Dzulcarnain (es decir Alejandro Magno) y de los antiguos Tobbas de la Arabia, tomados del *Libro de las Maravillas*. Según el autor de este libro, el caudillo Asaad Abú Carib el Himyarita, habiendo llegado á este extremo del mundo, elevó sobre un monte de la isla de Masfahan (Tenerife) una columna de color rojo para indicar á los navegantes que más allá de esta isla no hay punto de salida ni de desembarco. Según otro autor, citado por el compilador Almacari ², en las mencionadas Islas Eternas había siete columnas con figuras humanas, indicando que más allá de ellas no había paso ni camino ³. Pero Ibn Said, que floreció en el siglo VIII, dió á las Canarias el nombre de *Gezair Asseada*, ó *Asseadát*, es decir, islas de la Felicidad ⁴, que otros autores atribuyen nada menos que á las Islas Británicas ⁵; y finalmente Abulfedá ⁶ apunta la opinión de que las Islas Eternas por donde Ptolemeo empezó á contar los grados de longitud, habían sido tragadas por las olas del mar, sin quedar vestigio de su existencia.

De estos datos y de otros análogos que podríamos alegar, se colige con cuánta razón Mr. Malte-Brun afirma que los árabes no tuvieron más que una idea confusa de las islas del Atlántico; y un sabio portugués de nuestro siglo, el señor de Macedo ⁷, opina que no llegaron á visitarlas personalmente. A este propósito no queremos pasar en silencio que algunos autores modernos mal informados han supuesto que los árabes y moros africanos llegaron á descubrir aquellas islas por los años de 1016, rindiéndoles con este motivo un inmerecido elogio. En su *Historia de España* ⁸, el célebre historiador francés Carlos Romey, después de relatar la expedición de los aventureros lisbonenses, á quienes llama equivocadamente los *Maghrwrynes* ó *Almogrurines* ⁹, dice así: «El extracto de aquel viaje referido por Conde sobre el che-»rife El Edris (*sic*) y cuanto se dijo arriba de los Maghrwrynes ¹⁰ nos prueban que »los árabes conocieron las islas Azores, Madera y Canarias unos cuatro siglos antes »de conquistarlas los portugueses, normandos y españoles; y que ya en el siglo dé-»cimo, unos isleños del Océano Atlántico habían emprendido un viaje descubridor »hacia el polo antártico.» De este pasaje de Romey se valió y fió sin duda el autor del artículo *Canarias* que se lee en el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de*

¹ Compárese el relato del Idrisi, págs. 2, 28 y siguientes, 33-34 respectivamente del texto y versión citados con el de Plinio en el libro VI, cap. 32 de su *Historia Natural*. Además, el Idrisi, aunque opinó que estas islas eran seis, sólo dió noticia de dos, que nombró Masfahan y Lagus.

² En el lugar citado.

³ Compárese este pasaje con uno del Idrisi citado anteriormente.

⁴ En un lugar citado por Abulfedá, tomo I, pág. 263 de la versión de Mr. Reinaud.

⁵ Almacari, en el lugar citado, donde se lee que en la Gran Bretaña no hay montes ni fuentes y que sus moradores beben agua llovediza y con ella siembran sus mieses.

⁶ Tomo I, pág. 263 de la versión mencionada.

⁷ En su interesante *Memoria em que se pertende provar que os árabes não conhecerão as Canarias antes dos portugueses*, Lisboa, 1844. Al mismo parecer se inclina el docto geógrafo Mr. Vivien de Saint Martín, fundado en la manera más que vaga con que los escritores arábigos hablan de estas islas.

⁸ Parte 2.^a, cap. 19 (tomo V, pág. 52 de la edición francesa de 1841 y tomo II, pág. 292 de la versión española del señor Bergnes de las Casas).

⁹ En este, como en otros muchos puntos, Romey enmendó la plana á Conde, que por *Almogarririn* (los aventureros) había entendido *Almogávares*, mas él mismo dió harta materia á los futuros correctores.

¹⁰ Debemos advertir que Romey, extraviado por Conde, de un solo viaje y suceso hizo dos distintos.

España y sus posesiones de Ultramar publicado por D. Pascual Madoz, al afirmar resueltamente que los árabes descubrieron dichas islas en el año 1016; «según consta» (son sus palabras) del extracto del viaje marítimo que en este año hicieron ochenta «vecinos de Lisboa referido por Conde sobre el cherife El Edris». Pero quien consulte la relación de dicha expedición marítima según se halla en el Idrisí, única fuente histórica de este suceso, se convencerá fácilmente que ni en ella se contienen indicaciones suficientes de las Islas Canarias ni de otras cualesquiera de las situadas en el Océano Atlántico, ni se elevó á ochenta sino solamente á ocho el número de los aventureros; ni un viaje hecho con tan mala fortuna (pues apenas desembarcaron en la segunda isla, fueron aprisionados y embarcados después con vendas en los ojos), merece el nombre de descubrimiento; ni tampoco consta en dicha relación ni en otro documento conocido la fecha de aquel viaje que Conde, sin citar autoridad alguna y tal vez *ad libitum*, pone entre los años 404 y 407 de la hégira, correspondientes á 1013-1016 de nuestra era y Romey hacia el 1016. En suma, la gloria de haber descubierto y reconocido distintamente las islas del Atlántico, como las vecinas costas de África, no pertenece á los árabes y mahometanos, sino á los entendidos y valerosos navegantes que la Europa cristiana, y sobre todo las naciones portuguesa y española, enviaron en aquella dirección durante los siglos XIV y XV; esta gloria pertenece á pilotos normandos, vizcaínos y genoveses, tan peritos en la navegación, á catalanes y mallorquines, que según Malte-Brun ¹, fueron los navegantes más emprendedores y más adelantados en geografía que tuvo Europa en el siglo XIV, y principalmente á los portugueses, que poseídos de un indecible ardor por los viajes ultramarinos, reconocieron las Islas Canarias ², descubrieron y colonizaron las de Porto Santo ³, Madera, Azores y Cabo Verde, y explorando las costas africanas de cala en cala, de golfo en golfo y de cabo en cabo, traspusieron el Ecuador y llegaron en 1486 hasta el ignoto promontorio de las Tormentas; esta gloria pertenece al marreante catalán D. Jaime Ferrer ⁴, al caballero normando Juan de Betancurt ⁵, al veneciano Luis de Cadamosto, al genovés Bartolomé de Perestrello, á los portugueses

¹ Págs. 43 y 44 de la mencionada edición.

² Se asegura que estas islas fueron descubiertas por los españoles en 1344; pero según el Sr. Oliveira en la importante Memoria que luego citaremos, ya los portugueses las habían reconocido en los tiempos de su rey Alfonso IV (el cual reinó desde 1325 á 1356). Ello es que estas islas, que tanto facilitaron el descubrimiento de América y por cuya ruta se dirigió Colón en busca de la India, no se descubrieron realmente hasta el siglo XIV, y su hallazgo puede considerarse como providencial. A este propósito nos parece oportuno citar un pasaje de Washington Irving, que en el libro I, cap. 3 de su excelente obra titulada *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, se expresa así: «Es preciso confesar que hay algunas tradiciones vagas, por las cuales se presume que habían recibido las Canarias casuales visitas, á distantes intervalos de la Edad Media, ora de la barca extraviada de un árabe, ora de la de un aventurero genovés ó normando; pero todos estos recuerdos están llenos de incertidumbre y nada útil se puede sacar de ellos. Hasta el siglo XIV no volvieron á descubrirse ni á entrar en el dominio de los hombres. Desde entonces solían ir á ellas algunos osados navegantes de varios países. El infundir aliento á los marinos para que se adelantasen en el Atlántico fué la consecuencia más fecunda que emanó de su descubrimiento.»

³ Al referir el descubrimiento de esta isla por el navegante genovés Perestrello, suegro que fué de Colón, dice oportunamente el citado Sr. Oliveira: «Así aparecía de las ondas la primera de las islas portuguesas del Atlántico para servir, medio siglo más tarde, de estación preparatoria á Colón en sus reflexiones reveladoras del rumbo del Oeste.»

⁴ Según recuerda el P. Cappa, en su celebrado libro, pág. 334, este célebre marino llegó en el mes de Agosto de 1346 á la embocadura del río del Oro, cinco grados al Sur del famoso cabo Non.

⁵ De este insigne conquistador y evangelizador de las Canarias se encuentran copiosas noticias en el libro I, cap. 22 de la *Historia general de las misiones católicas*, por el barón de Henrion.

Gonzalo Velho, Antonio González, Nuño Tristán, Diego Cam y Bartolomé Díaz, y principalmente al muy sabio y piadoso infante D. Henrique, hijo del rey Don Juan I de Portugal, fundador de la famosa Academia náutica de Sagres, debelador de Ceuta y promotor de todos aquellos descubrimientos ¹.

Véase, pues, cuán poca importancia tuvo la expedición marítima de los ocho aventureros musulmanes que partieron de Lisboa para explorar el Océano, sobre todo si se la compara con las que al fin de la Edad Media llevó a cabo nuestra cristiandad. Algo más de instrucción y de aliento hubiera podido proporcionar al afortunado descubridor de América la relación de los aventureros cordobeses que según Masodí surcaron una parte del Atlántico; pero estas noticias que suponemos muy exageradas y que se han perdido para la historia de la ciencia geográfica, no llegaron seguramente á los oídos de Colón. Es indudable que los viajes é investigaciones de los árabes, casi desconocidos al Occidente cristiano, apenas contribuyeron al considerable progreso que los estudios geográficos alcanzaron en el continente europeo al declinar la Edad Media. Como ya hemos dicho, la vasta extensión del poder mahometano puso en comunicación á la Europa occidental con la India y la China; y sin embargo la cristiandad europea, refractaria á la ciencia y cultura musulmática, muy poco se aprovechó ó no se fió de los conocimientos geográficos transmitidos por aquel conducto. Para adquirir noticias más claras y fidedignas fué menester que la actividad europea enviase á aquellas regiones, en pos de los Cruzados, copioso número de diligentes y entendidos viajeros, ya misioneros, ya comerciantes, ya embajadores, en cuyo número descollaron Fray Nicolás Ascelin, Fray Juan de Plano Carpini, Fray Guillermo de Rubruquis, Marco Polo, Juan de Mandeville y nuestro compatriota Ruy González de Clavijo ². Bien conocieron los árabes la Tartaria donde por largo tiempo florecieron su dominación y sus letras ³; mas como afirma Malte-Brun ⁴, no á los árabes, sino á los embajadores y misioneros enviados por los Papas á los jefes tártaros, debe la Europa los primeros informes positivos que logró adquirir acerca de aquellas vastas comarcas del Asia Central. Por tal manera, si los geógrafos árabes llegaron á escribir algo de provecho con relación á los proyectos, más ó menos vagos, de Cristóbal Colón, estas noticias que tampoco han llegado á nuestro conocimiento se escaparon sin duda á su diligencia. Lo que únicamente llegó á conocimiento del na-

¹ Acerca de estos viajes y descubrimientos, y sobre todo de los promovidos por el inclito infante Don Henrique de Portugal, véase á W. Irving en el capítulo mencionado, donde celebra dignamente al hombre ilustre cuyas empresas dieron tanto estímulo al genio de Colón, al señor de Macedo en su disertación ya citada y en otra titulada *Memoria sobre as verdadeiras épocas con que principiavão as nossas navegações é descobrimentos no Oceano Atlântico* y la luminosa conferencia que el Sr. D. J. P. Oliveira Martins leyó en el Ateneo de Madrid en 24 de Febrero de 1892 y que corre impresa con el título de *Navegaciones y descubrimientos de los portugueses anteriores al viaje de Colón*. También merece consultarse lo que escribe el ya celebrado barón de Henrion en los capítulos 21 y 22 de su erudita *Historia general de las misiones católicas* (traducida y ricamente anotada por los Sres. Carbonero y Sol, Magán y Caballero), donde prueba que navegantes franceses contribuyeron al descubrimiento y propagación de nuestra santa fe en las costas é islas del África occidental.

² Embajador que fué del rey de Castilla Don Henrique el III al Gran Tamorlán. Véase la interesante *Historia del Gran Tamorlán é itinerario y narración del viaje y relación de la embajada que Ruy González de Clavijo le hizo por mandado del muy poderoso señor rey Don Henrique el III de Castilla*, publicada por segunda vez en Madrid, 1782. Malte-Brun le prefiere á otros muchos viajeros como mejor observador y contador más verídico.

³ Sobre todo en Samarcanda y Bojara.

⁴ Tomo I, págs. 39-41.

vegante ligur, pero no directamente sino por conducto de escritores europeos y cristianos que florecieron desde el siglo XIII al XV, pues Colón no pudo consultar ningún libro arábigo en su idioma original, que no entendía, fué varios errores de los antiguos geógrafos griegos é indios conservados ó aumentados por los árabes. En dichos autores, á saber en Rogerio Bacón y Pedro de Ailly, encontró la idea de la famosa cúpula de Arin situada en el centro del mundo ¹, y lo que más relación tenía con sus aspiraciones, que las Indias Orientales no distaban considerablemente de las costas occidentales de Europa, estando separadas por un solo mar.—«Sabido es, dice Mr. Reinaud ², que Cristóbal Colón, dándose á la vela en dirección del Occidente, estaba en la persuasión de que la India y la China y las demás regiones del Asia Oriental estaban mucho menos distantes de España y de Marruecos que lo están realmente. Cuando aportó al continente americano, se imaginó haber arribado cerca de la China. En esto había adoptado el parecer de Rogerio Bacón que prolongaba el segundo cuadrante de la tierra mucho más al Oeste que Ptolemeo ³; pues ni le bastaron los 180 grados que el geógrafo alejandrino había atribuído á la tierra en su longitud, ni aun se contentó con los 225 grados que había propuesto Marino de Tiro. Hallándose á la desembocadura del Orinoco, creyó reconocer allí los contornos del Paraíso Terrenal, que se creía situado en los términos orientales del mundo; porque á su entender dicho Paraíso correspondía al (fabuloso) castillo Kang-diz de los persas y debía encontrarse en un lugar elevado é inaccesible.»

Al identificar el extremo oriental del Asia con el continente americano, suprimiendo el Pacífico, Colón siguió una opinión contenida en los *Meteorológicos* de Aristóteles y transmitida á los siglos medios por varios autores, así latinos como arábigos. En la historia de su tercer viaje, el descubridor del Nuevo Mundo se expresa así:

«El Aristótel dice que este mundo es pequeño y es el agua muy poca, y que fácilmente se puede pasar de España á las Indias, y esto confirma el Avenruyz» ⁴. De este parecer participó nuestro insigne filósofo Séneca, que como observa un insigne americanista moderno ⁵, en la prefación al libro primero de sus *Cuestiones naturales*, tomadas en gran parte de la mencionada obra aristotélica, opinó que la navegación desde las últimas playas españolas á las Indias podía hacerse en pocos días si la ayudaba un viento favorable. Al tratar de las islas llamadas *Aljalidat* ó Eternas, que según los árabes terminan el mundo por la parte del Poniente, el Masodí dice lo que sigue ⁶: «El autor de la Lógica (Aristóteles) hace mención de estas islas en

¹ Acerca de esta cúpula y de las maravillas que le atribuían los indios, persas y árabes, véase á Mr. Reinaud, en su citada Introducción, págs. CCXLII y CCXLIII.

² Págs. CCLII y siguiente.

³ Según advierte Mr. Reinaud (pág. CCLII), la casualidad hizo que el tratado del cardenal Pedro d'Ailly, titulado *Imago mundi* (que en su cap. 15 había reproducido la opinión de Bacón en el punto de que se trata), cayese en manos de Cristóbal Colón en el momento que éste se hallaba entregado á profundas investigaciones sobre la existencia de un nuevo continente y el ilustre navegante adoptó sus ideas.

⁴ Este Avenruyz debe ser el filósofo cordobés Averroes, que como es sabido, comentó las obras de Aristóteles y que Colón debió conocer por alguna versión latina de las que circulaban en su tiempo.

⁵ El R. P. D. Ricardo Cappa en su excelente libro *Colón y los españoles*, pág. 335 de la tercera edición.

⁶ Citado por Mr. Reinaud, pág. CCLXXX.

»su *Tratado de los metoros*, en cuatro libros. En el primero habla del río de Tartessus, que corre más allá de las columnas de Hércules. Del mismo asunto vuelve á hablar al fin del segundo libro de su *Tratado del cielo*, á propósito de la pequeñez de la tierra. Que la tierra es pequeña (dice) lo prueba la opinión sustentada por algunos autores de que el lugar llamado *Las columnas de Hércules* toca á los confines de la India, y que el mar que los separa es uno solo. Esta opinión ha sido desarrollada por Alejandro de Afrodisias en su comentario sobre los *Meteorológicos*.»

Algunos escritores modernos han dado excesiva importancia á estos errores, entre ellos el egregio geógrafo Mr. Malte-Brun, que ha osado escribir lo siguiente: «Colón juzgó, como Aristóteles, Marino de Tiro y otros antiguos, que las extremidades de la India no debían estar apartadas de las costas de España, y este error dichoso fué el *principal motivo* de la empresa de Colón.» Por semejante manera el tantas veces celebrado Mr. Reinaud ¹ observa que según opinión de Eratóstenes y de Estrabón, admitida por Albiruní, Abulfedá y algunos otros geógrafos árabes, el Africa se extendía hacia el Sur mucho menos de lo justo, y que este error tuvo más tarde un resultado feliz, pues animó á los navegantes europeos á dar la vuelta á esta parte del mundo.

Pero ni los errores deben alegarse como título de gloria para el hombre ó nación que los haya sustentado, ni en ellos hay fuerza ó virtud alguna que pueda contribuir eficazmente á los progresos humanos. Tan sólo á Dios en su inmenso poder es dado sacar de los errores y otros males bienes que contribuyan á los benéficos designios de su providencia. ¿Por qué los árabes y musulmanes no dieron la vuelta al globo, ni siquiera lograron doblar el Cabo de Buena Esperanza, ni examinar los límites del Mar Tenebroso, ni aun reconocer las islas Canarias, por donde Colón debía dirigirse al Nuevo Mundo? Para tales empresas no les faltó valor, ni audacia ni poder, ni extenderse como el Océano, hasta los confines del mundo conocido á la sazón, ni les faltaron amplios conocimientos adquiridos al avasallar las naciones más ilustradas y sabias del Oriente y del Occidente; lo que les faltó fué un móvil poderoso científico, político ó religioso, y sobre todo misión providencial.

Si las riquezas y maravillas de las Indias Orientales, celebradas por Marco Polo y otros exploradores, despertando el interés de la cristiandad europea, provocaron los viajes y descubrimientos de Bartolomé Díaz, Vasco de Gama y Cristóbal Colón, los árabes, aunque poseídos de iguales errores con respecto á la distancia y situación de aquellas regiones, no tuvieron interés en buscar nuevos y más breves caminos á unas tierras en que ya habían penetrado por la parte del Levante, y en las cuales, si bien á mucha costa, habían obtenido grandes sucesos. Ni tampoco el pensamiento religioso de los musulmanes, rémora de todo progreso legítimo, traspasó los límites de aquel Océano que llamaban el Mar Tenebroso y que mereció llamarse así por bañar las costas orientales de tantas regiones envueltas en sombras y tinieblas de muerte. Impulsados por las creencias que profesaban, los sarracenos occidentales dirigían sus

¹ Pág. CCLXXIX.

aspiraciones al Asia Occidental y al interior de Africa, donde según observa un autor moderno ¹ hallarían millares de esclavos, ya blancos, ya negros, que sostuviesen su despotismo, su holgazanería y sensualidad. A diferencia de los cristianos, que alentados por los anuncios de las Sagradas Escrituras, hicieron constantes y heroicos esfuerzos por completar la obra de los Apóstoles y dilatar el reino de Jesucristo hasta los últimos confines de la tierra ², los tradicionalistas mahometanos señalan nuestra Península como último límite de la propaganda musulímica. Entre los dichos y pronósticos que los autores arábigos atribuyeron á Mahoma, se halla el siguiente relato transmitido por la tradición: ³ «Alzóse el profeta de Allah en la mezquita cierto día »y extendió su mano hacia Occidente como bendiciendo. Dijéronle: ¿á quién bendices, ¡oh profeta! de Allah? Y respondió: A cierta porción de mi pueblo que mora »más allá del *Magreb Alacsa* (el extremo Occidente), región que se nombra *Alandalus*. »Allí es la postrera y más retirada comarca adonde se difundirá esta mi religión: un »día de rebato y pelea es más ensalzado y meritorio en ella que en cualquiera otra »frontera.»

Por el contrario, el pensamiento y fervor religioso de la cristiandad la impulsaba á vencer todos los obstáculos, abreviar todas las distancias y hacer todo género de sacrificios por que la predicación del Evangelio llegase hasta los postreros límites del mundo. En particular, la nación española escogida por la Providencia para llevar á cabo el descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo, previó y preparó aquel gran acontecimiento con anuncios, noticias é investigaciones muy superiores á cuanto se halla en los autores arábigos. Sabido es que en el primer siglo de nuestra era y en su tragedia *Medea*, nuestro filósofo Séneca, pronosticó, ó más bien afirmó de un modo explícito y terminante, la existencia de un nuevo mundo que los siglos venideros descubrirían allende el Océano ⁴. A principios del siglo VII San Isidoro, arzobispo de Sevilla, habló de una cuarta parte del orbe situada en su banda meridional y al otro lado del Océano, adonde por temor á los ardores del sol ecuatorial no habían osado llegar los europeos ⁵. Al propio tiempo se iban adquiriendo noticias más claras acer-

¹ El Sr. Godofredo Kurth, catedrático de la Universidad de Lieja en su bello opúsculo *La Croix et le Croissant*.

² Véase la homilía que San Leandro, arzobispo de Sevilla, dirigió á los Padres del Concilio III de Toledo, donde con motivo de la conversión de los visigodos y con la autoridad de las Sagradas Escrituras, anunció que la Iglesia Católica llegaría á establecerse en todas las naciones y á poseer los últimos confines de la tierra.

³ Hemos tomado este relato del curioso folleto que publicó en 1850 nuestro inolvidable maestro D. Serafin Estébanez Calderón con el título *De la milicia de los árabes en España*, y que es un extracto de su *Historia de la infantería española*, en su mayor parte inédita aún. Este arabista observa con razón que tales tradiciones son apócrifas, porque el falso profeta no pudo prever el alcance de su predicación; pero basta á nuestro objeto el que los moros españoles las tuviesen por auténticas y se guiasen por ellas.

⁴ Harto conocidos son los siguientes versos:

«Venient annis sæcula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, novosque Typhis detegat orbes
Atque ingens pateat tellus,
Nec sit terris ultima Thule.»

⁵ He aquí el notable pasaje de San Isidoro, contenido en el libro XIV, cap. 5 de sus *Etimologías*, donde al par que con otros escritores antiguos, juzga fabuloso lo que se contaba de los antípodas, afirma de un modo terminante la existencia y situación de la cuarta parte del mundo. Dice así: «Extra tres autem partes orbis, quarta pars trans Oceanum interior est »in meridie, quæ solis ardore nobis incognita est, in cujus finibus antipodes fabulose inhabitare produntur.»

ca de las islas del Atlántico, ya conocidas por los romanos, y se asegura que á una de ellas llamada Antilia se refugiaron á principios del siglo VIII y huyendo de los sarracenos, varios obispos y fieles cristianos procedentes de nuestras comarcas occidentales ¹. Por los años de 1287 el beato Raimundo Lulio escribió un libro ² donde presuponiendo como cosa cierta que la tierra y el mar en su conjunto forman una esfera, prueba con razones físicas que al otro lado del Océano Atlántico había un continente que se prolongaba todo lo largo de la Europa y del África ³. Y cuando se acercó el momento señalado por la Providencia para la revelación del Nuevo Mundo, se despertó en nuestra Península, á impulsos de la religión y del patriotismo, un inmenso entusiasmo por los descubrimientos marítimos que exploró cumplidamente todas las costas é islas del Atlántico tan mal conocidas por los árabes, y desvaneciendo las tinieblas del Océano y forzando el medroso paso de la zona tórrida, allanó la ruta de América.

Y no se oponga que Cristóbal Colón, buscando un paso más breve para las Indias Orientales, adonde los portugueses se encaminaban á la sazón por la parte del Sudeste, y persuadido principalmente de que el mar de las Indias se extendía sin limitación alguna al Sur y al Este hasta confundir sus aguas con las del Atlántico ⁴, no dió importancia á los dichos de Séneca, San Isidoro y el beato Lulio que debió conocer, y no pensó en descubrir un Nuevo Mundo distinto del continente asiático. Sin embargo, es indudable que Colón, tan dado al estudio, al meditar por largos años en la ejecución de su gran intento, investigó y revolvió en su mente todo lo que se sabía y se había dicho hasta entonces acerca del incógnito mundo de Ultramar, empezando por lo que se lee en la Sagrada Escritura acerca de la remota región de Ofir ⁵ y concluyendo por las relaciones de los afortunados navegantes de su tiempo, que comprobó en mucha parte, visitando y reconociendo las islas del Atlántico ⁶. De todo ello se aprovechó en la ejecución de su empresa; y si aun después de descubierta la América, creía haber arribado á la India, esto sólo prueba que aquel gran hallazgo no fué debido á su saber, sino á la divina Providencia, que entre los aciertos y errores del espíritu humano, encamina á los pueblos á la realización de sus altos designios. Por semejante manera, como advierte un crítico moderno ⁷, los navegantes portugueses rodearon las costas de África en busca del Preste Juan de Etiopía, y tras este sueño arribaron á las Indias Orientales. Así repartidos los papeles por el Árbitro de los destinos humanos, la civilización del mundo desconocido quedó confiada á las dos naciones que abarca nuestra Península, tocando á España la parte occidental y á Portugal la de Oriente ⁸.

¹ Véase á este propósito el celebrado libro del P. Cappa, págs. 336 y 337.

² Titulado *Quæstiones per artem demonstrativam solubiles*.

³ Véase al P. Cappa, pág. 337 y siguientes de su citado libro.

⁴ Aun esta opinión no la halló el nauta genovés en los autores arábigos, sino en un libro impreso en Venecia, año 1477 y compuesto por el Papa Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), como puede verse en la misma obra del P. Cappa, pág. 337.

⁵ Véase al P. Cappa, págs. 334 y 335.

⁶ Véase al Sr. Oliveira, ib. pág. 24.

⁷ El celebrado Sr. Oliveira, pág. 25.

⁸ A este propósito merecen leerse unas hermosas frases del Sr. Oliveira en la pág. 29 de su celebrada Conferencia.

Según D. Fernando Colón, en la conocida historia que se le atribuye, tres causas movieron á su padre al intentar su empresa: fundamentos naturales, autoridades de escritores é indicios de navegantes. Y sin embargo, sobre todos estos móviles humanos, predominó en el insigne nauta genovés el deseo de llevar el nombre y la doctrina de Jesucristo á remotos países. Este espíritu religioso fué el que animó y sostuvo al descubridor del Nuevo Mundo en los trabajos y pruebas de su grandioso intento, como fué el que animó y sostuvo al heroico infante D. Henrique, gran maestro de la Orden de Cristo, en su cruzada africana ¹, prólogo brillante de las epopeyas española y lusitana con que terminó la Edad Media; el que animó á los Reyes de España y de Portugal para que costeasen las expediciones de Cristóbal Colón y de Vasco de Gama, y el que coronando la obra civilizadora de la divina Providencia, animó á San Francisco Javier, á San Francisco Solano, á San Pedro Claver y demás apóstoles de ambas Indias, que convirtiendo innumerables gentes bárbaras, compensaron á la Iglesia católica de lo que el cisma y la heregía le arrebatában á la sazón en Europa.

De todo lo dicho resulta claramente que los viajes, exploraciones y estudios geográficos de los árabes y demás pueblos mahometanos, tan poco importantes en sí y tan poco conocidos de la cristiandad europea, en nada allanaron el camino para el descubrimiento del Nuevo Mundo, y no merecen ser citados entre los precedentes científicos del hallazgo providencial logrado por Cristóbal Colón. Mucho más importantes fueron los conocimientos que los geógrafos árabes alcanzaron sobre las Indias Orientales, y sin embargo no sirvieron de aliciente ni de guía para la gran empresa realizada por Vasco de Gama ². Por lo cual, al comparar los conocimientos allegados durante la Edad Media en el mundo musulmán y en el cristiano en lo respectivo al suceso que celebramos en el presente Centenario, y sobre todo al considerar las circunstancias providenciales que lo caracterizan, no podemos menos de afirmar con un sabio alemán de nuestros días ³ que fué la Iglesia católica quien suministró juntamente la inspiración y los medios para realizar un pensamiento tan nuevo cuanto atrevido, y por lo tanto, á ella pertenece toda la honra de aquel gran descubrimiento.

F. J. SIMONET

¹ Entre los autores recientes que han rendido tributo á la ilustre memoria del infante D. Henrique, que celoso por dilatar la fe católica y proporcionar nuevos medios de prosperidad y gloria á su Orden de Cristo, emprendió á su costa el descubrimiento y conquista del África occidental, véase al P. Cappa en la pág. 336 de su citado libro, y sobre todo al Sr. Oliveira en las págs. 12 y siguientes de su celebrada Memoria, donde con razón pregunta: «¿No eran estas empresas una continuación de las Cruzadas?»

² Y no se opone á esto el que el insigne Alfonso de Albuquerque se ayudara para sus exploraciones y conquistas en el mar de Oman y en el Golfo Pérsico de una carta marina trazada por un piloto árabe llamado Omar (Reinaud, CLXVII); porque estos hechos son posteriores al descubrimiento de la India por Vasco de Gama.

³ El Dr. Haas en su artículo *América*, del *Diccionario de Teología Católica* publicado en Alemania por los doctores Wetzer y Wette.